

Al Pan, Pan

EL DIOS PAN EN LOS JARDINES DE LA GRANJA





«... te digo, que todas estas cosas –sí, desde la estrella que acaba de brillar en el cielo hasta el suelo sólido bajo tus pies– te digo, que todas son sólo sueños y sombras; las sombras que ocultan a nuestros ojos el verdadero mundo. Existe un mundo real, pero trasciende este *glamour* y esta visión, y se encuentra más allá de todo esto, tras un velo. [...] Quizás pienses que todo esto es un sinsentido extravagante; puede ser extraño, pero es real, y los antiguos sabían lo que significaba descorrer ese velo. Lo llamaban presenciar al dios Pan.»

ARTHUR MACHEN

Acerca del dios Pan

Pan es el único dios híbrido del panteón griego. Los seres híbridos forman parte de colectivos y no son considerados deidades sino seres intermedios. Era honrado principalmente en Arcadia. En su honor se celebraban los Lupercales.

Nos lo cuenta Carlos García Gual. Pan es, singularmente, el dios de los pastores. Se pasea por parajes agrestes. Compañero alegre y un tanto turbulento de ninfas y sátiros. Amante de la música, inventor de la flauta, de los coros y danzas campesinas. Se le atribuyen hasta diecinueve genealogías, pero la más reconocida es la de ser hijo de Hermes y Penélope, tras haber sido repudiada por Ulises por sus múltiples infidelidades. Pan vino al mundo con aspecto ferino, con cuernos y patas de cabra, luciendo barba de chivo y orejas aguzadas, lo que asustó a su nodriza que huyó despavorida. Por el contrario regocijó a su padre que, tras envolverlo en una piel de conejo, lo llevó al Olimpo y allí sorprendió y alegró a «todos»

los dioses (*pan* en griego es todo). Le recibió con especial entusiasmo Dioniso, el sonriente Baco, que será a partir de ese momento compañero de juergas, al frente de los cortejos de bacantes y sátiros.

Es un dios de la fertilidad y la fecundidad, propiciador de amoríos y de los juegos sexuales. Lúbrico y lascivo, persigue con erótico ardor a ninfas y pastoras. También es un dios de los jardines y lugares amenos. Se le admiraba como dios de los cazadores, siempre al acecho tras las rocas y las breñas. Amante de las melodías de tonos rústicos. Amante de la siesta, se enfurece si le despiertan. De sus múltiples lances amorosos, dos resultaron fallidos. En vano persiguió a una bella ninfa llamada Siringe, quien para escapar de sus abrazos pidió auxilio a los dioses, que la transformaron en una planta de cañas. Pan, sin esperanzas, cortó una cañas y se fabricó una flauta pastoril, a la que llamó siringe o siringa, un caramillo. Por cierto, siringe es también el órgano de fonación de las aves. Se enamoró de otra ninfa llamada Pitis («pino» en griego), que murió. Desde entonces Pan ama sobre todo los pinos.

Pan guarda siempre cierta ferocidad y es capaz de provocar enorme y repentino espanto. Es el desorden que por él se llama «pánico», el terror de los ganados o de las tropas en pleno combate. Los atenienses creyeron que había intervenido en su favor asustando a los persas en la batalla de Maratón (490 a.C.) y en agradecimiento le dedicaron un santuario en la ladera norte de la Acrópolis, a él y a las ninfas. Su culto se extendió desde Atenas a otros lugares de Grecia. En el mundo romano este dios campesino está representado por figuras latinas como Fauno o Silvano. Los estoicos lo identifican con el Universo, o cuando menos con la naturaleza inteligente, fecunda y activa.

Se trata del único dios que muere, según leyenda que cuenta Plutarco. Puede ser que algunos cristianos vieran en su muerte el símbolo del ocaso del paganismo coincidente con la ascensión del cristianismo. En todo caso no deja de ser significativo que el demonio maligno y tentador de las creencias cristianas heredara el aspecto de gran cabrón del pagano, lúbrico y selvático Pan.



Un Pan en el Museo del Prado

Entre los fondos no expuestos del Museo del Prado se encuentra una escultura romana, tallada en mármol en torno al año 130, que representa al *Joven Pan con flauta travesera*. Se trata de una obra que en su momento gozaría de una gran popularidad, ya que se conocen más de cincuenta copias. Siguiendo el modelo de Praxíteles presenta un dios idealizado y humanizado: en su figura, sólo unos incipientes cuernos y unas orejas aguzadas delatan al dios de los pastores, de la fecundidad y la fertilidad. Los objetos que le acompañan son sus señas de identidad: la flauta que tenía en sus manos –más dulce que travesera como veremos–, la siringa apoyada en el tronco y, colgando de su brazo, la nebris o nébrida de lince, esa piel de animal que suelen portar todos los acompañantes de Dioniso.

La obra formaba parte de la colección de escultura clásica que había reunido Cristina de Suecia en Roma y que en 1724 Felipe V e Isabel de Farnesio adquirieron a Baldassare Odescalchi, junto a la colección de la Casa de Alba, heredada de la que formó el marqués del Carpio, embajador de Carlos II en la corte pontificia. El enorme conjunto se trasladaría al Palacio de La Granja de San Ildefonso, en cuya planta baja se colocó.

La multiplicación de los Panes

La Reina decidió publicar sus esculturas, siguiendo la costumbre de los grandes mecenas de Italia y Francia, y en 1750 encomendó su estudio a un erudito siciliano doctorado en la Sorbona, el abate Eutichio Ajello, al que hizo su bibliotecario y anticuario. Para ejecutar los grabados correspondientes, se encargó a algún artista –acaso el grabador J. B. Palomino o alguno de sus discípulos– la realización de los dibujos previos, tomados directamente de las obras. Esa serie de dibujos, perdida o archivada tanto tiempo –a la Farnesio no le gustó el trabajo del abad y no se publicó– integra lo que se conoce como *Cuaderno de Ajello*, que también forma

parte de los fondos del Museo del Prado. Entre los dibujos, hechos a lápiz, encontramos el del joven Pan que reseñábamos *supra*.

Lo primero que llama la atención es que en el dibujo mantiene en sus manos la flauta que va a tocar. La explicación, aunque sencilla, tiene su pequeña historia: cuando el dibujo fue realizado, en la escultura original Pan aún mantenía la flauta dulce entre sus manos. Aunque la importante colección de esculturas adquirida por la Reina fue traída desde Roma por mar y tierra, llegó a su destino en San Ildefonso prácticamente incólume. Un siglo después, en 1829, en tiempos de Fernando VII, se crea el Museo del Prado en Madrid, al que se trasladó la colección. Antes del traslado se realizaron los vaciados en yeso de las esculturas que actualmente ornan el Palacio de La Granja. Si comparamos esos vaciados –o los dibujos del *Cuaderno de Ajello*– con los originales de la pinacoteca madrileña, observaremos todo tipo de decapitaciones, roturas y pérdidas en la integridad de las obras. Resulta desconsolador pensar que, después de un largo viaje desde Italia, la colección de Cristina de Suecia llegó impecable a San Ildefonso y, por contra, una breve travesía por el Guadarrama hasta Madrid provocó un desaguisado. Sólo cabe una explicación: reinaba Fernando VII.

Un Pan en La Granja: dios de los jardines y de los lugares amenos

Y vamos llegando al final de esta dispersa disertación. Todo lo expuesto ha sido una puesta en escena para reconocer e identificar a la misteriosa figura que preside la última fuente que se ejecutó en los Reales Jardines de La Granja: la Fuente de los Baños de Diana.

Lo primero que tenemos que decir es que nos encontramos ante un error en su denominación. Sea éste voluntario o involuntario es algo que de momento se nos escapa, pero los llamados Baños de Diana no son propiamente los baños de Diana. Aunque reconocemos que entre las figuras que aparecen en la escena se encuentra Diana con sus náyades o ninfas acuáticas en la gruta Coriciana del Parnaso. Alguien podrá decir: si



Fauno (Pan, tocando la flauta) en el *Cuaderno de Ajello*. Museo del Prado.



Fuente de los Baños de Diana en el Palacio Real de Caserta, cerca de Nápoles.



estamos en una fuente y aparece Diana rodeada de sus ninfas en el agua, podemos afirmar que se están bañando. Ciertamente. Pero si hablamos de «Baños de Diana», en la iconografía tradicional los Baños se asocian al mito de Acteón. El cazador descubre a la diosa desnuda bañándose y ésta, enfurecida, lo convierte en ciervo. Realizada la metamorfosis, sus propios perros lo devoran.

Si queremos ver unos Baños de Diana inconfundibles sugiero que nos traslademos a los jardines de Reggia di Caserta, cerca de Nápoles. Allí, en la base de la fuente principal que remata una grandiosa perspectiva, encontramos unas escenas rotundas y claras. Allí podemos ver a una Diana señalando a Acteón como culpable. Y al lado, en otra escena, al cazador que empieza a ser cazado por su propia jauría al convertirse en ciervo. Uno tiene la sensación de que Carlos VII de Nápoles, futuro Carlos III de España, enmendó la plana a sus padres evocando y corrigiendo de alguna manera la iconografía de la fuente del palacio segoviano de su infancia. Donde el padre es caótico, el hijo canónico.

Volviendo a los Baños de La Granja, la confusión no sería tan grave si durante casi tres siglos no se hubiera cometido el error de identificar como Acteón al personaje que preside la fuente. Sorprende que no haya sido cuestionado el hecho de que su figura sea más grande que la de la propia Diana. Eso no tiene sentido. Como no lo tiene decir que los perrillos que juegan con las ninfas son la terrible jauría que se comerá a su amo. Todavía hoy, en guías muy recientes, encontramos esa errónea identificación. Por supuesto hay dignas excepciones, como Joaquín María de Castellarnau, quien manifiesta que no puede ser Acteón, que probablemente se trate de un Fauno. Hay quien ha considerado que es el dios Apolo, pasando por alto que el instrumento musical que porta en sus manos es una flauta, no una lira. En una guía reciente, los historiadores Miguel Ángel Elvira Barba y Jorge Maier Allende apuntan en la dirección correcta e identifican con cierta vaguedad al personaje, aunque obvian los elementos que lo identifican y traen a colación un «panteísmo de la naturaleza» que poco tiene que ver con el dios de la Arcadia.





En portada, página anterior, sobre estas líneas y páginas que siguen, detalles de la Fuente de los Baños de Diana en los Jardines de La Granja. Fotografías de LOLA MARAZUELA Y FRANCISCO MESA.

Pero vayamos al objeto de la disquisición. Y empecemos hablando brevemente del escultor. En el expediente personal de Jacques Bousseau, el más importante de la segunda generación de escultores franceses que intervinieron en la decoración de los Jardines de La Granja, consta que «murió de fatigas». Hemos de imaginarlo trabajando concienzudamente en el diseño y ejecución de la que se dio en llamar Fuente de los Baños de Diana. Al ver que se alargaba su estancia en Castilla, al parecer se sumió en un estado depresivo que terminó en fallecimiento prematuro. Fue enterrado en Valsaín apenas tres años después de su llegada a la corte española. Su viuda no pudo cobrar los haberes que se le debían ni acceder al importe de la subasta de sus muebles, joyas y utensilios.

En la memoria de sus esculturas realizadas para los Reales Sitios, redactada en 1740, año de su muerte, y por lo que respecta a las figuras que aparecen en la fuente mencionada, se habla de dos grupos de mujeres con sus atributos y «derezos», otros cuatro grupos de mujeres y un «dufín»; otro grupo de dos perros y un «zisne»; la figura de Diana de ocho pies de proporción, y finalmente un gran «Faon», que está sentado dentro de una gruta encima de un peñasco que tiene doce pies de proporción... Estos sucesivos errores ortográficos parecen sembrar desde un principio el misterio en torno a la denominación de la última fuente levantada en San Ildefonso, la escena que en ella se representa y, sobre todo, la encarnación del personaje que preside en hornacina todo el conjunto.

La clave de esta ocultación está en una deliberada y sistemática omisión de la mayor parte de los elementos que configuran el teriomorfismo del dios Pan. El teriomorfismo (del griego antiguo *therion*, θηρίον, que significa animal salvaje, y *morfo*, μορφή, forma) es un nombre genérico que se aplica a cualquier transformación de un ser humano en otro animal, ya sea de manera completa o parcial, así como la transformación inversa en un contexto mitológico o espiritual. La teriomorfosis aparece en gran parte de las deidades del Antiguo Egipto. Teriomórfico es el licántropo, también la sirena o la esfinge. En las mitologías griega y romana, uno de los casos más representativos de esta singular metamorfosis lo encarna Pan, Fauno para los romanos.

La única teriomorfosis que presenta el Pan de La Granja son unos incipientes cuernos, que más bien parecen protuberancias en su frente. Su representación con piernas humanas en lugar de patas de macho cabrío tiene muchas manifestaciones en esculturas y pinturas de la Antigüedad, tanto al fresco como cerámicas. La propia escultura romana señalada al inicio bien pudo ser conocida y observada personalmente por Bousseau. El tamaño reducido de su cornamenta también parece haber sido tenido en cuenta como modelo. Otros elementos identificativos del dios son una naciente barba, que en el Pan granjeño se confunde con el mentón, y unas orejas puntiagudas, que han sido ocultadas bajo una profusa melena.

Otros detalles que invitan a la confusión son la flauta en sus manos y las hojas de pámpano en su cabeza. Respecto al instrumento, las imágenes tradicionales del dios lo representan con «su» flauta, la de siete cañas, la siringa, la flauta de Pan. No obstante, hay múltiples imágenes en las que aparece tocando una flauta dulce. Nuevamente, la escultura de Pan en el Prado sirve de referencia o antecedente. Pero el Fauno de Bousseau va un poco más allá. La flauta que sopla es una travesera, similar a las que por entonces elaboraba Jacques-Martin Hotteterre, flautista y fabricante de instrumentos que introdujo la flauta dividida en tres partes: cabeza, cuerpo y pie. Ese modelo se creó en ese preciso momento y se sigue utilizando en la actualidad. Con anterioridad al músico parisino las flautas tenían una o cuatro piezas (flauta barroca). Podemos afirmar con rotundidad que el dios Pan de La Granja, nuestro particular *Papageno* del Guadarrama, tocaba una flauta «à la mode».

Los pámpanos, las hojas de vid que cubren parte de su cabellera pueden confundirnos también, ser otra «maniobra de despiste» para remitirnos a Baco o Sileno. Otro intento de ocultar. Pero no. Pan suele ir asociado a las «bacantes» y forma parte de las huestes de Dioniso. Como tal, es perfectamente normal que se cubra con hojas de parra para unirse a la fiesta, a la bacanal.

Pero sin duda, el elemento que identifica de una forma rotunda al personaje y lo delata como encarnación de Pan en La Granja es la nebris de piel de lince o pantera. Una nebris o nébrida (del griego antiguo νεβρός, *nebrós*, ciervo) es una piel de animal, similar a una égida, que sirve de vestimenta. En un principio era la vestimenta de los cazadores prehistóricos y posteriormente se utilizó como atributo en el culto a Dioniso, adoptada por la turba de sus seguidores en las procesiones y ceremonias celebradas en su honor durante las liturgias de las Dionisias.

Generalmente está hecha de piel de cérvido (ciervo o gamo), pero puede ser también piel de pantera, cabra, lince o zorro. Se suele anudar sobre el hombro derecho con las dos patas delanteras para que pueda cubrir la parte izquierda del portador. La nebris la puede llevar el mismo







Dioniso, o bien sus compañeros o los participantes del culto: ménades, sátiros, silenos o bacantes que celebraban las Dionisias, a veces portando al tiempo un tirso. Desde la época histórica hasta el final de la Antigüedad, los servidores del culto de Dioniso la llevaban. Pan y Artemisa son a veces representados con la nebris. Los sacerdotes de Ceres vestían también una nebris de cervato en los Misterios Eleusinos.

El parecido entre la nebris de la escultura romana –y su correspondiente dibujo en el *Cuaderno de Ajello*– y la nebris de la escultura de plomo de la Fuente de los Baños de Diana es evidente. Llama la atención que esta última aparece muy disimulada. Prácticamente no se ve si uno la observa desde el lateral del vaso de la fuente. Hay que recurrir a una visión ampliada y encuadrada para reconocer la piel plegada.

Heráclito decía que «la naturaleza tiende a ocultarse». En esa lógica no ha de resultar extraño que el dios de la naturaleza tienda a hacerlo. Su imagen proverbial, escondido en su caverna, o detrás de un arbusto observando cual eterno *voyeur* a las ninfas, ha sido fiel a su esencia. Galante y elegante en su semidesnudez, Pan ha permanecido con su identidad oculta, pudoroso, impersonal. Quizás algún cura inquisidor intrigó para que el macho cabrío, el demonio, no tuviera su fuente en el Real Palacio. Quizás tras el apelativo de Baños de Diana se escondan los devaneos y obsesiones de un rey rijoso. Tal vez fuera una más de las adivinanzas con las que tanto disfrutaba su Majestad: «Tres minutos me divertís y tres millones me costáis». La chanza o el engaño han durado tres siglos. Hoy, el dios de las brisas matutinas y vespertinas ya tiene su sitio junto a Neptuno y Apolo en el Olimpo a los pies de Peñalara.

Valentín Quevedo García

La Granja de San Ildefonso, abril de 2021.

Agradecimientos: a Lola Marazuela y Francisco Mesa por las fotografías y a Pedro Heras por su información sobre Bousseau. **Fuentes:** Wikipedia, web del Museo del Prado y sus referencias, *La mitología de las fuentes de la Granja. Una guía práctica*, de Miguel Ángel Elvira Barba y Jorge Maier Allende, *Los mitos griegos* de Robert Graves, *Diccionario de mitos* de Carlos García Gual y *Mitología griega y romana* de Pierre Commelin.

CODA

La certeza de la presencia de Pan, o del Fauno, en los jardines del palacio de La Granja, esconde incertidumbres. Si canónicamente no hay *Baños de Diana*, aunque Diana se bañe con sus ninfas, caóticamente hay *Paneion*, gruta coricia, Liceo, Arcadia feliz. La escena de la última fuente de los jardines de La Granja, raramente representada aunque esté en el imaginario mítico –los compañeros canónicos de Diana son Acteón o Apolo–, no encumbra a Diana, sino a Faon, Fauno, gran Fauno, Pan. No debe asombrar verlos juntos, ambos son dioses de la caza y la vida agreste. Y en el mito, la casta Diana tiene su lado oscuro. La diosa suplantó a la Luna, y Pan se aprovechó, según canta Virgilio en las *Geórgicas*: “Con regalo de vellocino, dicen, / Pan, dios de Arcadia, te capturó, Luna, / llamándote a la espesura, y tú fuiste.” La gruta monumental, el aire abierto y placentero de la escena, la escala de la figura del Fauno y sus atributos están en la senda de Pan. ¡Y la música! ¿Tocaría un fauno cualquiera una flauta a la última moda de París?

La última fuente de los jardines de La Granja se ejecuta a finales de la década de 1730, por los años en que el Tratado de Viena afianza en Italia a España y la casa de Borbón: Parma, Plasencia, Nápoles, Sicilia vienen a manos del primogénito de la Farnesio, quien frisa el climax de su insaciable ambición. Tras la pesadilla del lustro real, de las alucinaciones en el alcázar sevillano, el rey roza quizá sus mejores años, y juega a demiurgo de un jardín con mallo, servido en copas de Leteo y arrullado por Farinelli. La Granja está más cerca que nunca de la Arcadia feliz.

¿Quién inventa la escena? ¿Tiene precedente en los palacios reales franceses? ¿La diseña Frémin o Bousseau? ¿Procede de una *Iconología* o hubo un abate que provocó el raro encuentro? Nada dice Jeanne Digard. Por la *Memoria* de Bousseau parece que es él quien ejecuta las figuras. Es lógico suponer que los reyes estuvieron en el asunto, ellos habían traído de Roma el Pan de Cristina de Suecia que conoció Bousseau. Y como tampoco parece lógico otorgar voluntad de ocultación del Fauno/Pan ni a los reyes en su refugio mitológico ni a quien fuese su mentor iconográfico, habrá que saber también si una mano descuidada o mojigata borró del jardín de La Granja la huella de la Arcadia feliz.

La Granja alberga una de las últimas grutas coricias del mundo. Pan, el Fauno granjeño, preside, altivo, fuerte y tranquilo, el baño de Diana y sus ninfas. Concentrado en su flauta, regala la escena de una quietud imposible, de una paz animada por el bálsamo de la música.

Guadarrama Olimpo, Parnaso, Citerón y Liceo.

COMPILACIÓN DE ALGUNOS POEMAS

Himno homérico a Pan

(Ca. siglo V a.C. *Himnos homéricos. La Batracomiomaquia*, traducción de A. Bernabé)

Háblame, Musa, del amado vástago de Hermes,
el caprípedo, bicornes, amante del ruido,
que va y viene por las arboladas praderas
junto con las Ninfas habituadas a las danzas.
Caminan ellas por las cumbres de la roca,
camino de cabras, invocando a Pan,
el dios pastoral de espléndida cabellera, desgreñado,
bajo cuya tutela se hallan todas las nevosas colinas,
así como las cimas de los montes y los senderos pedregosos.
Va y viene de aquí para allá por entre los espesos breñales,
atraído a veces por las suaves corrientes de un río.
A veces, por el contrario, vaga por entre los escarpados roquedales,
trepando hasta la más alta cima, atalaya de rebaños.
A menudo corre a través de las altas montañas
de resplandeciente blancura, atraviesa por entre las laderas
matando fieras, tras escrutarlas con penetrante mirada.
De vez en cuando, al atardecer, se deja oír él solo
al regreso de la montería, tocando suave música con su caramillo.
No lo aventajaría en sus cantos el ave que,
entre las frondas de la florida primavera,
difunde su lamento y derrama su melifluo canto.
Acompañándolo entonces las montaraces Ninfas
de límpido canto, moviendo ágilmente sus pies
sobre el venero de oscuras aguas, cantan.
Y gime el eco en torno a la cima del monte.
El dios, de una parte a otra de los coros,
a veces deslizándose al centro, los dispone,
moviendo ágilmente los pies.
Sobre su espalda lleva una rojiza piel de lince,
enorgullecido en su fuero interno por los melodiosos cantos,
en el suave prado donde el azafrán y el fragante jacinto
se mezclan indistintos con la hierba al florecer.

Pan y Siringe

(Ovidio, *Metamorfosis* I, 689-721, traducción de Ana Pérez Vega)

Entonces el dios: «De la Arcadia en los helados montes», dice,
«entre las hamadriadas muy célebre, las Nonacrinas,
náyade una hubo; las ninfas Siringe la llamaban.
No una vez, no ya a los sátiros había burlado ella, que la seguían,
sino a cuantos dioses la sombreada espesura y el feraz
campo hospeda; a la Ortigia en sus aficiones y con su propia virginidad
honraba, a la diosa; según el rito también ceñida de Diana,
engañaría y podría creérsela la Latonia, si no
de cuerno el arco de ésta, si no fuera áureo el de aquélla;
así también engañaba. Volviendo ella del collado Liceo,
Pan la ve, y de pino agudo ceñido en su cabeza
tales palabras refiere...». Restaba sus palabras referir,
y que despreciadas sus súplicas había huido por lo intransitable la ninfa,
hasta que del arenoso Ladón al plácido caudal
llegó: que aquí ella, su carrera al impedirle sus ondas,
que la mutaran a sus líquidas hermanas les había rogado,
y que Pan, cuando presa de él ya a Siringa creía,
en vez del cuerpo de la ninfa, cálamos sostenía lacustres,
y, mientras allí suspira, que movidos dentro de la caña los vientos
efectuaron un sonido tenue y semejante al de quien se lamenta;
que por esa nueva arte y de su voz por la dulzura el dios cautivado:
«Este coloquio a mí contigo», había dicho, «me quedará»,
y que así, los desaparejos cálamos con la trabazón de la cera
entre sí unidos, el nombre retuvieron de la muchacha.

Inscripción de Epidauro

(Siglo IV d.C.)

Yo canto a Pan, guía de las Ninfas,
objeto de cuidado de las Náyades,
orgullo de los coros de oro,
soberano de una musa ligera.
De la siringe de bella voz buen...
esparce algo cautivador de inspiración divina,
dirigiendo las luces hacia una melodía,
salta de las cuevas sombrías
manejando hábilmente su cuerpo híbrido
que combina varias naturalezas,
el buen danzante, el de hermoso rostro
que brilla por su dorada barba.
Hasta el Olimpo estrellado
vuela su eco totalmente armonioso,
y esparce sobre la multitud de dioses olímpicos
con una musa inmortal.
Toda la tierra y el mar
se mezclan con tu gracia
pues eres un apoyo para todo
¡oh, ieh, Pan, Pan!

(Tomada de Porres Caballero, Silvia (2012) *La dionisización del dios Pan*. Synthesis, 19, 63-82. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5198/pr.5198.pdf
Un interesante estudio sobre el *Paneion* y la extensión del culto a Pan en Grecia)

El dios Pan no ha muerto

Fernando Pessoa, *Odas de Ricardo Reis*
(Traducción de Ángel Campos Pámpano)

El dios Pan no ha muerto,
cada campo que muestra
a las sonrisas de Apolo
los pechos desnudos de Ceres
–pronto o tarde veréis
por allí aparecer
al dios Pan, el inmortal.

No ha matado a otros dioses
el triste dios cristiano.
Cristo es un dios más,
quizá uno que faltaba.

Pan continúa dando
los sonos de su flauta
a los oídos de Ceres
recostada en los campos.

Los dioses son los mismos
siempre claros y calmos,
llenos de eternidad
y de desprecio por nosotros,
trayendo el día y la noche
y las cosechas doradas,
no para darnos
el día y la noche y el trigo
sino por otro y divino
propósito casual.

El padrenuestro de Pan

Rubén Darío

Pan nuestro que estás en la tierra,
porque el universo se asombre,
glorificado sea tu nombre
por todo lo que en él se encierra.

Vuelva a nos tu reino de fiesta
en que tú aparezcas y cantes
con los tropeles de bacantes
mancillando la floresta.

Hunde siempre violento y vivo
y por tus ímpetus agrestes,
en el cielo cuernos celestes
y en la tierra patas de chivo.

Danos ritmo, medida y pauta
al amor de tu melodía,
y que haya al amor de tu flauta
amor nuestro de cada día.

Deudas que el alma amando trunca
están en tu disposición,
y no le concedas perdón
a aquel que no haya amado nunca.

El discurso del dios Pan

Salvador Rueda, *Trompetas de órgano*

Saldrá Pan de la esfinge tenebrosa
y así dirá su flauta a cada mente:
“Ríe cual los temblores de la fuente,
duerme como la piedra que reposa.

Piensa con la cadencia luminosa
de esos astros que cruzan en torrente,
trabaja cual la gota persistente
que hace de un risco randa prodigiosa.

Habla como las hojas musicales,
sé puro cual las cumbres virginales,
perdona como el sol cada mañana.

Y engendre nuevos hombres tu energía
para que siga a Dios, que es la Armonía
esta estupenda Procesión Humana”.

El triunfo de la flauta

Salvador Rueda (terceto final)

Y será una insensata maravilla
que hará clavarse en tierra la rodilla,
¡ver que una Flauta es la que rija al mundo!

(Tomados de Juan Ramón Vélez, *El dios Pan en la literatura de entre siglos*)

A la memoria de JOAQUÍN MARÍA DE CASTELLARNAU,
patrón de esta página, el primero en ver al Fauno.

